

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 59
Cuba: Cien Años de Alejo Carpentier

Article 12

2004

Regreso al otro lado del sueño

Leonardo Rosiello

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Rosiello, Leonardo (Primavera-Otoño 2004) "Regreso al otro lado del sueño," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 59, Article 12.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss59/12>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

REGRESO AL OTRO LADO DEL SUEÑO

Leonardo Rosiello
Suecia I Universidad de Upsala

Alejo Carpentier *in memoriam*

Hay en la noche moribunda un viento y una llovizna tan fríos que algunos hurgadores vacilan entre irse de una vez al amparo de sus chapas y arpilleras o continuar en la calle para ganarle de mano al camión del basurero. Todo parece empapado en la ciudad que aguarda el amanecer, desde la calzada hasta las fachadas de los edificios.

En uno de ellos aún duerme Alicia. Respira agitada y se vuelve una y otra vez entre las sábanas. Cuando falta medio minuto para las seis, el reloj hace clic. En ese momento Alicia se da cuenta de que la sogá que le han arrojado para sacarla de las arenas movedizas del pantano en realidad es una serpiente venenosa que puede matarla en cualquier momento. La mujer sale de un grito que no le sale, se arrastra hasta la semivigilia y, mientras percibe el tambor del corazón y entreabre los ojos a la luz apersianada, se da cuenta de que hace calor; que las sábanas revueltas por la pesadilla necesitan un lavado y el aire enviado, recambio.

Se levanta a entreabrir la ventana, comprueba que afuera llueve y regresa a la cama. El sueño malo la ha dejado exhausta, como si le hubiera quitado las fuerzas para el resto del día, pero entonces recuerda que dentro de poco – debería haber activado el reloj despertador – tendrá una reunión de la cooperativa de viviendas. De ese modesto futuro le llegan fuerzas, disposición. “Vaya”, se dice, “es como un motor de jet: la energía viene de adelante, de lo no vivido. Por suerte; si viniera del pasado estarías fregada”. Se alegra de ese pequeño hallazgo, cierra los ojos, respira profundamente y vuelve a dormirse.

A cinco kilómetros de allí Elisa da Silva termina de presionar el botón de llamado y el teléfono ensaya una melodía que termina de sacar a Alicia del doble marasmo del despertar segundo y del recuerdo de otra pesadilla en la que atropellaba a un niño. Odia el grillesco sonido insistente del teléfono y a la vez le agradece, se estira, no llega, se escabulle de las sábanas, se arrastra, gatea, llega, toma el tubo, se concentra, presiona un botón, aplica el auricular a la oreja y escucha. Qué le ocurre que no ha llegado. Pero si están esperándola. Que se ponga las pilas y salga enseguida. Vaya, qué vergüenza, Elisa, lo siente, ya irá, es que se ha olvidado de poner el despertador, en diez minutos estará ahí. Ya está saliendo.

Era una exageración ese *ya*, por cierto, pero quizá si no toma café, si no se ducha, si solo se pone crema, si se peina y se viste rápido podrá estar en quince minutos: no es tan grave. Hace, entonces, eso: se pone crema humectante, se peina, se viste rápido y después de cerrar la puerta con llave baja en ascensor hasta el garage. Qué frío que hace, piensa, y luego: “Los sueños, mensajes: quién pudiera interpretarlos, qué quieren decir, por qué.”

Se mete en el auto y vuelve a comprobar que hace frío, tal vez debió abrigarse mejor pero ya es tarde, ya el motor está en marcha, ya el cambio está puesto, ya arranca y sale al gris, a la lluvia con sus gotas como moneditas girando un instante en el asfalto, dobla a la derecha, luego a la derecha una cuadra más y entonces a la izquierda. La calle está casi vacía, es raro, estas tres cuadras hasta el semáforo que está en rojo las recorre como sonámbula, parece que las luces fueran inteligentes, se pone la verde y Alicia acelera. En la mano contraria ve el camión de la basura y los trabajadores municipales, que corren y echan las bolsas en la pala trasera. Una borrosa figura instantánea salta pequeña frente al coche; algo, qué, un niño hurgador, el freno, el punto muerto en el cambio y en seguida la figura contra el vidrio, bums, la rajadura, la mancha de sangre que el limpiaparabrisas y la lluvia borran en dos segundos.

El horror y al mismo tiempo la sensación de irrealidad, ahí. No. No, no: eso, eso no pudo, no pudo haberle ocurrido. Si ella hace solo diez minutos estaba durmiendo, si la pesadilla era la vida, lo único deseable ahora. Si el tiempo no; no, realmente no podía haberle sucedido eso.

La lluvia y el limpiaparabrisas pusieron una mancha de sangre en el parabrisas, de adelante del auto una mancha saltó al parabrisas y borró la rajadura, de allí se formó un niño en carrera hacia la acera en busca de basura al tiempo que el auto aceleraba hacia atrás, ella sacó el punto muerto y fue soltando el pedal hasta que de la alta velocidad el auto fue frenando mientras veía el camión basurero y los trabajadores municipales y el semáforo en rojo empequeñeciendo, ella como sonámbula, hacia un sopor que la ganaba de a poco, las luces adaptándose a su marcha atrás como para que nunca fuera a chocar pese a que las calles estaban casi vacías, luego a la izquierda una cuadra, luego a la derecha y otra vez a la derecha hasta la puerta del garage

que se abre, justo a tiempo para darse cuenta de la lluvia brotando del asfalto que desapareció al cerrarse la puerta, el aire del auto se fue enfriando, lo detuvo, la vuelta de la llave al apagar el motor fue casi simultánea a la percepción del frío en el auto y luego afuera, en el garage, mientras se iba sintiendo más y más somnolienta; se metió en el ascensor y subió pensando en el porqué de los sueños, en qué querrían decir, en la dicha que sería poder interpretarlos.

Luego de abrir la puerta con llave Alicia se desviste y levanta el tubo; Elisa da Silva, a cinco kilómetros de allí le dice que la reunión se ha postergado para el día siguiente, que puede seguir durmiendo. Mira el reloj, poco más de las seis. Entre el cada vez más intenso recuerdo de un sueño que la inquieta, que le acelera el corazón, Alicia atina a quitarse la crema de la cara, a despeinarse, a acostarse en las sábanas sudadas y dormirse; después del clic de las seis menos cinco la despierta el grito nooo de una pesadilla en la que atropellaba a un niño y se levanta a cerrar la ventana; afuera la ciudad empapada alimenta el nuberío, pero como ahora sabe que no tiene que ir a la reunión vuelve a acostarse y cae en un sueño, una pesadilla en la que una serpiente que la abandona en realidad era una cuerda, emerge en un pantano pero al cabo deja de revolverse una y otra vez entre las sábanas cada vez más tibias y más secas hasta que recupera su respiración tranquila.

Afuera va oscureciendo mientras las bocas de tormenta alimentan las calles con agua puntiaguda que parece seguir empapando todo en esta ciudad que ha de sumirse en largas horas silenciosas hasta que, por el oeste, amanezca. La noche sigue ganando oscuridad y perdiendo viento; en el frío amainante y en la niebla cada vez más húmeda y espesa, algunos hurgadores emprenden el camino a sus viviendas de chapas y arpilleras, pues saben que los camiones municipales, ahora, están cargando la basura en bolsas para distribuirla, al menos, una frente a cada fachada.